

Otra versión poco conocida de la conquista del Arauco

Entre las numerosas obras que tratan el tema de la conquista del reino de Chile siguiendo la horma iniciada por Ercilla, no debe olvidarse la titulada *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza*, del escritor vallisoletano Cristóbal Suárez de Figueroa (1571-1644). Este complejo y polifacético escritor asentado durante muchos años en Italia tocó en su no muy extensa producción literaria distintos géneros propios de su momento: el épico, el pastoril, el histórico-biográfico y el de carácter misceláneo, sin contar sus traducciones del italiano y portugués¹.

Sin duda, la obra más conocida de Figueroa y por la que casi exclusivamente se le recuerda es *El pasajero*², libro difícil de encuadrar en un género determinado y que da principio en la vida literaria de este escritor a la etapa más original de su actividad. Sin embargo, antes de este momento, el Dr. Figueroa, para poder subsistir, se había visto obligado a someterse a las órdenes de grandes señores nacionales y extranjeros, simultaneando incluso la ayuda económica que le había prestado Vincencio I Gonzaga, duque de Mantua y de Monferrato, con la del poderoso Señor de Cuenca don Juan Andrés Hurtado de Mendoza, quinto Marqués de la Casa de Cañete.

¹ Más datos sobre este escritor y su obra completa se encuentra en mi tesis doctoral inédita *Cristóbal Suárez de Figueroa: nuevas perspectivas de su obra* (Universidad Complutense, 1978).

² EL PASSAGERO / ADVERTENCIAS / UTILISSIMAS A LA / VIDA HUMANA / Por el Doctor Chri- / tóbal Suárez de Figueroa / A la Excelentísima / República de Luca / Con Privilegio / En Madrid. Por Luys Sánchez. Año 1617 / Véndese en la Torre de Santa Cruz.

De esta obra estoy preparando actualmente una edición para Clásicos Castalia.

A partir, aproximadamente, de finales de 1608 o comienzos de 1609 —fecha en que escribe su única novela pastoril, *La constante Amarilis*, con motivo del matrimonio celebrado entre don Juan Andrés y su prima María de Cárdenas—, Suárez de Figueroa aprovecha esta etapa de mecenazgo, de la que no parece estar muy satisfecho ni agradecido³, para escribir algunas de sus obras alejado del bullicio de la vida cortesana, que tantas insatisfacciones le había producido desde su llegada de Italia en 1603.

Don Juan Andrés debió quedar bastante contento con las obras de su protegido escritor —además de la citada novela pastoril le había encargado la *España defendida*, poema épico en octavas—, y decide confiarle de nuevo una obra, pero no dedicada a su persona, como las anteriores, sino en honor de su padre, el héroe en tierras americanas de quien se había olvidado Ercilla en su poema.

Así se gestan, pues, los *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza*, obra que se publica por primera vez en Madrid en 1613. Como todo trabajo de encargo, que Menéndez Pelayo duramente calificó de «mercenario», la obra deja de ser una simple biografía para convertirse en una exagerada exaltación de la etapa americana del cuarto marqués de Cañete. Sin embargo, en esto radica precisamente su originalidad: mientras en obras anteriores dedicadas al mismo episodio —como *La Araucana*, de Ercilla, o el *Arauco domado*, de Oña— los poetas se centran en narrar la dura conquista del pueblo araucano, Figueroa incluye la victoria de don García como un hecho más, aunque importante, en la vida de su protagonista. Esta es la causa de que nos encontremos ante una obra perteneciente al género biográfico y no ante un nuevo poema heroico, ya que la victoria sobre los indómitos indios del valle de Arauco se nos presenta dentro de toda una serie de datos personales, familiares, políticos, militares e incluso históricos que se llevaron a cabo durante el gobierno de Hurtado de Mendoza en América.

Como se sabe, los hechos de esta región central de Chile fueron cantados por primera vez en *La Araucana* de Alonso de Ercilla, que participó como soldado desde el comienzo de la expedición. La obra, además de presentar poéticamente los episodios más notables de la guerra, tiene un marcado carácter histórico al ser debidos a un testigo presencial. El poema gozó de gran prestigio, pero omitió un hecho que no satisfizo el orgullo de la poderosa familia de los Hurtado de Men-

³ En plena etapa de mecenazgo, Figueroa tuvo la osadía de añadir por su cuenta un fragmento original en la traducción que de la *Piazza universale* (Venezia, 1584), de Tommaso Garzoni, hace con el título de *Plaza universal*, obra terminada ya en 1612 aunque no verá la luz hasta tres años después. El fragmento va contra los mecenas y contra los escritores que se ponen a las órdenes de éstos (*Plaza*, Madrid, 1615, Discurso XXXII «De los que componen libros y sus Mecenas y protectores», fol. 128r).

doza: ignorar por completo a la figura de don García, que «como caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra, a pesar de los indudables méritos de sus campañas y de su gobierno»⁴.

Es cierto que Ercilla tuvo motivos personales, al margen de los puramente bélicos, para no aludir a las hazañas de su jefe; motivos que todos conocían y que Suárez de Figueroa recoge también en sus *Hechos*. Mediado el libro III, y ya casi finalizada la conquista de Arauco, llegó a conocimiento de todos la subida al trono de Felipe II, apenas apaciguada la ciudad chilena conocida por la Imperial. Para celebrar ambos acontecimientos ordenó don García suntuosos festejos y un torneo en el que participaron los soldados más destacados. Los resultados no fueron todo lo claros que cabía esperar y así surgieron los problemas: «Sobre quien avía herido en mejor lugar, tuvo diferencia entre don Iuan de Pineda y don Alonso de Erzila, passando tan adelante que pusieron mano a las espadas. Desembaynáronle en su instante infinitas de los de a pie que sin saber la parte que avía de seguir, se confundían unos con otros creciendo el alboroto con extremo»⁵.

Este conato de indisciplina entre dos buenos y destacados soldados —extendida la «voz que avía sido derecha para causar motín y que ya los dos fingidos émulos le tenían meditado»⁶—, no podía permitirlo don García, que, como castigo ejemplar, ordenó que fueran degollados⁷. Una vez aclarados todos los puntos y viendo que no había habido motín, el mismo don García revocó la ejecución poco tiempo antes de cumplirse⁸.

Ercilla, que debió pasar muy malos momentos, recogió también este hecho en su obra, pero dando muchísimos menos detalles. Dice casi al final del canto XXXVI:

Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la celeridad del juez fue tanta,
que estuve en el tapete, ya entregado
al agudo cuchillo la garganta;

⁴ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, tomo VI, Madrid, C. S. I. C., 1949, p. 193.

⁵ *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza*, Madrid, 1613, fol. 103. En uno de los ejemplares de la Biblioteca Nacional (Sig. R.31.648) hay en este punto una nota manuscrita en el margen que dice con grafía modernizada: «La causa que tuvo don Alonso de Ercilla para callar los hechos de don García que con pasión lo calló todo» (fol. 103).

⁶ *Ibidem*, fol. 103.

⁷ «Prendiéronse por orden del General que para infundir terror entre los demás los condenó a degollar, sabiendo ser cualquier severidad escasísima para asegurar la milicia» (*ibidem*, fols. 103-104).

⁸ «Sossegóse el tumulto y hecha información y hallado que había sido caso imprevisto el de los dos, se revocó la sentencia» (*ibidem*, fol. 104).

el enorme delito exagerado
la voz y fama pública lo canta,
que fue sólo poner mano a la espada,
nunca sin gran razón desenvainada ?.

Figueroa encuentra aquí la justificación del silencio de Ercilla y no debe faltarle razón: «el conveniente rigor con que don Alonso fue tratado, causó el silencio en que procuró sepultar las ínclitas hazañas de don García. Escribió en verso las guerras de Arauco, introduziendo siempre en ellas un cuerpo sin cabeza, esto es, un ejército sin memoria de general. Ingrato a muchos favores que avía recibido de su mano, le dexó en borrón sin pintarle con los vivos colores que era justo; como si pudieran ocultar en el mundo el valor, virtud, providencia, autoridad y buena dicha de aquel cavallero que acompañó siempre los dichos con los hechos, siendo en él admirables unos y otros»¹⁰.

Figueroa, sin embargo, siempre trata de presentarse como un hombre justo y, a pesar de las críticas dirigidas contra el autor de *La Araucana*, no duda en mencionar al comienzo de la obra «... entre los personajes más calificados y que más campearon este día... a don Alonso de Erzila»¹¹.

Como para los contemporáneos, incluyendo a la misma familia Cañete, no era justo el silencio y la indiferencia con que se rodeaba la figura de don García en *La Araucana*, poco después de aparecida la obra de Ercilla no «habían de faltar a tan poderoso magnate... celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en verso volviesen por su fama y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja»¹². El primero en hacerlo fue el poeta chileno Pedro de Oña, que escribió en su juventud, aunque no se publicó hasta 1596, el poema en octavas *Arauco domado*. La obra, dedicada a don Juan Andrés, primogénito del protagonista, contiene también alabanzas tan excesivas que el mismo poeta justificó la tardía publicación del libro con el hecho de haber querido esperar el retorno a España del Gobernador de Chile para que: «el publicar sus loores en presencia suya no engendrarse algún género de sospecha».

Como Oña y Figueroa son varios los escritores¹³ los que tratan el mismo tema dedicándolo a don Juan Andrés Hurtado de Mendoza;

⁹ ALONSO DE ERCILLA, *La Araucana*, introducción de Ofelia Garzade del Castillo, México, Editorial Porrúa, 1968. Cito por esta edición, canto XXXVI, p. 496.

¹⁰ *Hechos*, *ob. cit.*, fol. 104.

¹¹ *Ibidem*, fols. 60-61. Hay que reconocer, sin embargo, que cuando se describe la batalla definitiva llevada a cabo el día de Santa Lucía de 1558, ya no se menciona a Ercilla entre los caballeros más destacados (*ibidem*, fols. 108-109).

¹² M. MENÉNDEZ PELAYO, *ob. cit.*, VI, p. 193.

¹³ Entre los escritores que tratan el tema, conviene recordar el poema de Lope *Arauco domado* y unos años después la comedia en tres actos titulada

pero, aunque todos tienen presente el modelo de *La Araucana*, «cuyo prestigio ha pesado y pesará eternamente sobre todo lo que se escriba de las cosas de Arauco y aun sobre todo poema de conquistas ultramarinas»¹⁴, cambian su enfoque en la consideración del eje protagonista de la acción: así, mientras en la obra de Ercilla el protagonista es todo el pueblo araucano, en las obras posteriores la figura de don García destaca sobre las demás y casi de forma única.

En cuanto a los *Hechos de don García* en concreto, se trata de una obra en prosa que narra minuciosamente, a lo largo de los siete libros en los que está dividida, la biografía del cuarto marqués de Cañete desde su nacimiento en Cuenca (1535) hasta su muerte en 1609, poco tiempo después del matrimonio de su hijo cantado por el propio Figueroa en su novela pastoril *La constante Amarilis* (Valencia, 1609).

De todos los acontecimientos que se presentan en los *Hechos*, la estancia en América de don García, en dos etapas diferentes, y la consiguiente dominación española sobre el pueblo araucano ocupan un lugar destacado. Son éstos los episodios que creo pueden tener mayor interés, sin olvidar ciertas coincidencias que se dan entre la vida del General y la del autor de *La Araucana*.

En efecto, dos años antes del nacimiento de don García había nacido en Madrid Ercilla. Desde 1548 a 1551 éste acompaña a Flandes al Príncipe don Felipe, futuro Felipe II, mientras que, después de la campaña de Córcega, el joven Hurtado de Mendoza se traslada a Bruselas y a Rotterdam¹⁵. Ambos vuelven a coincidir por las mismas fechas en Inglaterra hasta que el impetuoso Alonso se marcha en 1555 como voluntario a América en la expedición del Adelantado Jerónimo Alderete. Dos años después Ercilla llega a Chile y, al morir el Adelantado, es cuando don Diego, padre de don García y virrey de Perú, propone a su hijo, cuando apenas contaba veintidós años, como gobernador del reino de Chile para apaciguar a los indios de Arauco¹⁶.

Inmediatamente después de la incorporación del joven gobernador —y no debe olvidarse que sustituía al hasta entonces admirado jefe de Ercilla—, don García recibe a unos mensajeros de paz del General Caupolicán que le piden con buenos modos que respete la libertad de su pueblo. Al no ponerse de acuerdo es por lo que comienza la guerra cuya descripción se extiende por los libros segundo y tercero.

Algunas hazañas de las muchas de Don García Hurtado de Mendoza, escrita por nueve dramaturgos aunque aparece como de Luis de Belmonte Bermúdez.

¹⁴ M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *ob. cit.*, VI, p. 195.

¹⁵ *Hechos*, *ob. cit.*, fol. 11.

¹⁶ El nombramiento de don García puede verse en *La Araucana*, ed. cit., canto XIII, p. 189, y en los *Hechos*, fol. 19.

Es en estos momentos cuando pueden encontrarse entre ambas obras semejanzas muy curiosas y hasta sospechosas¹⁷: descripción de Chile¹⁸, presentación del valle de Arauco¹⁹, descripción de sus habitan-

¹⁷ En *La constante Amarilis*, Figueroa, además de copiar unos cuantos sonetos de su amigo Luis Carrillo de Sotomayor (ver ERASMO BUCETA, «Carrillo de Sotomayor y Suárez de Figueroa», en *RFE*, Madrid, VI (1919), pp. 299-305), había prosificado enteros fragmentos de la traducción del *Aminta* de Tasso hecha por Juan de Jáuregui (ver JOIOUÍN ARCE, «Un desconcertante plagio en prosa de una traducción en verso», en *Filología Moderna*, Madrid, XIII (1972), núms. 46-47, pp. 3-29). En los *Hechos* no se llega a los escandalosos paralelismos de la novela pastoril pero, como puede verse en los ejemplos siguientes, se demuestra que o bien Figueroa tuvo presente el poema de Ercilla o bien que ambos utilizaron fuentes comunes.

¹⁸ Dice Figueroa: «Cíñelo el mar casi en torno... Costéase en desembocando el Estrecho de Magallanes. Díxose Chile de un valle principal suyo llamado así. Comiença Sur Norte en la altura de cinquenta y dos grados y medio y corre hasta el grado veynte y siete. Mas de Levante a Poniente no es más ancho de treynta y tres leguas: porque de un lado tiene el mar y del otro la gran Cordillera» (*Hechos*, fol. 17).

Y Ercilla:

«Es Chile Norte Sur de gran longura,
costa del nuevo mar del Sur llamado,
tendrá del este al oeste de angostura
cien millas, por lo más ancho tomado;
bajo del polo Antártico en altura
de veintisiete grados...» (I, p. 16)

.....

«Digo que norte sur corre la tierra,
y báñale del oeste la marina;
a la banda del este va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina» (I, p. 16)

.....

Al final del poema hace Ercilla *Declaración de algunas cosas desta obra* y dice: «... nómbrese Chile por un valle principal llamado así...» (ed. cit., p. 515).

¹⁹ «Hállase también en treynta y seis grados el famoso valle de Arauco que con memorable valentía se ha defendido tantos años de tan poderosos enemigos» (*Hechos*, fol. 18).

«Pues en este distrito demarcado,
por donde su grandeza es manifiesta
está a treinta y seis grados el Estado
que tanta sangre ajena y propia cuesta» (I, p. 17)

tes²⁰, aparición majestuosa de Caupolicán²¹, detención del jefe indio mediante traición de uno de los suyos y su conversión al cristianismo²² poco antes de su cruel ejecución.

La detención de Caupolicán está narrada por Figueroa con bastantes detalles, por lo que la reproduzco íntegra, dando en nota los paralelos con los versos de Ercilla:

En esto tuvo Reynoso noticia que Caupolicán estaba invernando en la sierra que llaman Pilmayquen, metido en ciertas quebradas ásperas grandemente²³, donde tenía hecha una ranchería²⁴ en que estaba recogido con sus amigos y algunos capitanes sus deudos de quien más se fiaba. Ofreció don Pedro de Avendaño acometer el puesto con cincuenta soldados escogidos, no sin esperanza de prenderle o matarle. La libertad que dessea/ van algunos indios cautivos, obligó a que propusiesen sus personas para guías, dando sus vidas por resguardo de su fidelidad. Partió pues don Pedro con su gente a la sierra a la puesta de sol. Caminó toda la noche con riscos y malos pasos y llegando junto a la quebrada donde estava Caupolicán... se apearon todos... Antes que

²⁰ «La gente que produze [el valle de Arauco] es sumamente valerosa, robusta y tan ligera...» (*Hechos*, fol. 18), que son casi las mismas palabras utilizadas por Ercilla:

«la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallard^a y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida» (I, p. 16)

²¹ Al mando de uno de los tres escuadrones que atacan a los españoles está el gran caudillo indio: «Hizo éste [escuadrón] alto en cierto cerrillo donde estava Caupolicán en un cavallo blanco con una capa de grana, proveyendo gallardamente desde allá quanto era menester» (*Hechos*, fol. 71).

²² «Cierta religioso... domesticó con regalos, introduciendo al último la plática de la fe. Permitted Caupolicán tratasse largamente della y satisfecho de algunas dudas, declaró que quería morir christiano. Diósele bautismo dentro de quatro días, tomando el nombre de Pedro» (*Hechos*, fol. 102). Dice Ercilla:

«Pero mudóle Dios en un momento,
obrando en él su poderosa mano,
pues con lumbre de fe y conocimiento
se quiso baptizar y ser cristiano» (XXXIV), p. 472)

²³ En *La Araucana*:

«sobre una espesa y áspera quebrada
dieron en un pajizo y gran bohío» (XXXIII, p. 464)

²⁴ «... daréis presto en el sitio y ranchería
que está en medio de un bosque y arbolada» (XXXIII, p. 463)

amaneciese²⁵ asaltaron con buen concierto el Tumbo donde estaba el caudillo... Salió bravo en extremo, empuñada una alabarda con quien hizo prodigiosa resistencia. Hallóse cercado por todas partes ocasión de rendirse después de aver peleado hasta el alva... Ya preso Caupolicán, les salió al camino una india, muger suya y la más querida, llamada Güeden²⁶ con un niño en brazos²⁷. Esta, mirándole con rostro sañudo y grave, le comenzó a dezir: ¿En qué forma te dexaste prender? ¿Cómo te olvidaste de quien eras? ¿Por qué no morías peleando?... No permita el cielo quede conmigo reliquia de hombre tan infeliz y pusilánime. A tus ojos he de matar este hijo tuvo, porque creciendo (olvidado como tú de su valor) no herede tu desdicha²⁸. Diciendo esto, dio con el muchacho en una peña donde se hizo pedaços²⁹. Llega-/ dos al fuerte los cinquenta fueron recibidos con particular gozo por la buena presa que trahían. Iuzgó Reynoso conveniente quitar luego la vida a este bárbaro... y assi ordenó se hiziese justicia dél. Oyó el preso la sentencia con severo semblante y sólo respondió no faltarían otros que con más dicha y valor supliessen su falta³⁰ y ocupassen su cargo» (fols. 101-102).

Llega, pues, el momento de la ejecución y aquí se separan ligeramente ambos autores, Mientras en Ercilla ocupa garn parte de su canto XXXIV, alcanzando, además, en estas octavas uno de los momentos antológicos del poema, Figueroa pasa muy por alto dicha ejecución sin detenerse en mayores detalles: «... Caupolicán fue entregado a ministro que baxamente le despojó de la vida»³¹. Sin embargo, rinde al jefe indio un homenaje de respeto y admiración: «Assí feneció este varón,

²⁵ «... y antes que aclare ya el vecino día,
os dad priesa a llegar...» (XXXIII, p. 463)

²⁶ Aunque el nombre de la mujer no coincide, la situación es similar:
«¡Ay, de mí! ¡Cómo andaba yo engañada
con mi altivez y pensamiento ufano
viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia, muger del gran Caupolicano!» (XXXIII, p. 466)

²⁷ «llevaba un mal envuelto niño al pecho
de edad de quince meses, el cual era
prenda del preso padre desdichado,
con grande extremo dél y della amado» (XXXIII, p. 465)

²⁸ La reacción de la mujer de «furia y viva rabia llena» ocupa en *La Araucana* siete octavas y los insultos lanzados contra el prisionero son bastante parecidos (XXXIII, pp. 465-466).

²⁹ Este cruel pasaje resulta más suavizado en los versos de Ercilla (ver XXXIII, p. 466).

³⁰ Lo mismo dice el altivo Caupolicán a Reinoso (XXXIV, p. 470).

³¹ *Hechos*, fol. 103, y *La Araucana*, XXXIV, pp. 472-474.

lustre de su patria y, en razón de gentil, el más digno que entre ellos se conocía entonces. Fue mientras vivió amador de lo justo, desapaasionado premiado, templado en el vino, blandamente severo, agil, animoso y fortísimo por su persona. Observó pocas palabras. No le alteró la próspera fortuna, ni le aniquiló la adversa, mostrando hasta en la muerte la magnanimidad que tuvo en vida»³².

Después de muerto Caupolicán, hecho que no agradó a don Diego cuando llegó al campamento³³, los araucanos van siendo diezmados hasta que a finales de 1558 se «rinden al yugo de su Católica Magestad». Don García vuelve entonces victorioso a Madrid, se casa y vive en España hasta que treinta años más tarde, en 1588, es nombrado virrey de Perú, cargo que había desempeñado su padre, el tercer Marqués de Cañete.

Esta nueva estancia americana está narrada en los libros cuarto y quinto de la obra de Figueroa, mientras que el libro sexto es un paréntesis interesante desde el punto de vista histórico, geográfico y etnográfico. Se describen dos razas diferentes de indios y sus costumbres³⁴, y en lo geográfico se cuenta con toda serie de detalles la expedición de Alvaro de Mendaña³⁵ y la de Pedro Fernández de Quirós, que obtiene permiso de Felipe III «para el descubrimiento de la Australia»³⁶.

Y llegamos al séptimo y último libro de la obra, donde Figueroa muestra los años finales de la vida de don García que, ya cansado y viejo, solicita en 1596 permiso para volver a España, donde muere el 15 de octubre de 1609.

A lo largo de toda la obra abundan las fechas referidas a hechos documentados históricamente, nombres y situaciones completamente reales, cartas del rey o a él dirigidas, documentos y textos de noticias sumamente interesantes y muchos datos más. Son éstos, pues, algunos de los motivos que dan interés a la obra, ya que por sí misma y por los datos que se añaden a la historia biográfica inicial, no resulta de muy grata y amena lectura.

* * *

³² *Hechos*, fol. 103. Figueroa repite estas mismas palabras al final de la biografía, pero en esta nueva ocasión las dedica a don García: «Mostró en la muerte la magnanimidad que tuvo en la vida, ajustado en todo con la voluntad de su Criador» (fol. 323).

³³ «Sintió mucho el General el resuelto proceder de Reynoso considerando la calidad del sugeto y faltó poco para hacer rigurosa demostración, mas estorvaronla algunos inconvenientes que della podían resultar» (fol. 103).

³⁴ *Ibidem*, fols. 242 y 275 respectivamente.

³⁵ *Ibidem*, fols. 228-291.

³⁶ *Ibidem*, fol. 290. En la *Plaza universal* (Madrid, 1615) también se menciona este hecho en el Discurso XXXVI «De los cosmógrafos, geógrafos, corógrafos y topógrafos» (fol. 165v).

Para final, y tratándose de una obra tan poco conocida, he creído conveniente plantear el problema bibliográfico de sus ediciones. A la aparecida en Madrid en 1613³⁷ siguió, en efecto, una segunda edición todavía en vida del autor³⁸, mientras que la tercera es ya de la segunda mitad del siglo XIX³⁹.

Teniendo en cuenta que las dos primeras ediciones presentaban una portada y una dedicatoria diferentes, exigían ser comparadas para ver si había entre ambas alguna diferencia. A esta curiosidad contribuyeron también las opiniones de algunos críticos que sin estudiar detenidamente la cuestión, expusieron, en ocasiones, conclusiones erróneas.

Crawford, uno de los más destacados estudiosos del escritor valisoletano⁴⁰, hablando precisamente de estas dos impresiones, dice: «La primera edición de esta biografía... está dedicada al antiguo protector de Figueroa... Es probable que le disgustase el escaso aprecio de Lerma hacia su deferencia, y que por esta causa cambiase la dedicatoria en la edición segunda»⁴¹.

Por otro lado, mientras en catálogos bibliográficos como el de Salvá⁴² no se menciona la existencia de la edición de 1616, en el Repertorio de Palau se dice lo siguiente: «Tiene la particularidad de estar dedicado el libro [la segunda edición] al V Marqués de Cañete en la portada, y al Duque de Lerma en la verdadera dedicatoria que, asimismo, es diferente de la que puso el autor en los preliminares del año 1613»⁴³.

Pues bien, ninguna de estas afirmaciones anteriores es cierta totalmente, ya que, mientras en la portada de 1616 se señala a don Juan

³⁷ HECHOS / DE DON GARCÍA / HURTADO DE MENDOZA, / Quarto Marqués de Cañete. / A Don Francisco de Roxas y / Sandoval, Duque de Lerma, Marqués de Denia / Por el Doctor Christóval / Suárez de Figueroa / En Madrid, / En la Imprenta Real / Año M.DC.XIII //.

³⁸ HECHOS / DE DON GARCÍA / HURTADO DE MENDOÇA / Marqués de Cañete / A Don Juan Andrés Hurtado de Mendoça / su hijo, Marqués de Cañete / Señor de las villas de Argete / y su partido, Montero Mayor / del Rey nuestro Señor, Guarda / Mayor de la ciudad de Cuença [sic] / Por el Doctor Christóval / Suárez de Figueroa / En Madrid, en la Imprenta Real / Año 1616 //.

³⁹ *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza...*, en *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional...*, vol. V, Santiago de Chile, 1865. En el Catálogo de Palau se reseña esta reedición en 1864.

⁴⁰ CRAWFORD, J. P. W., *The Life and Works of Christóval Suárez de Figueroa*, Filadelfia, 1907. Hay traducción castellana con el título de *Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa*, de NARCISO ALONSO CORTÉS, Valladolid, Imprenta del Colegio Santiago, 1911. Citaré siempre por esta edición.

⁴¹ *Ibidem*, p. 51.

⁴² PEDRO SALVÁ Y MELLEN, *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*, Valencia, Ferrer de Orga, 1872.

⁴³ ANTONIO PALAU Y DUCET, *Manual del librero hispanoamericano*, tomo XXII, Barcelona, Palau, 1948-1975, p. 244.

Andrés como destinatario de la obra, en la dedicatoria propiamente dicha no aparece para nada su nombre sino el de don Francisco de Rojas y Sandoval. A la que hay que añadir, además, que ambos textos son idénticos.

Por tanto, lo que a una primera ojeada podría parecer una segunda edición de los *Hechos de don García* motivada por el éxito de la obra o por la fama del autor, no es más que una reimpresión de una obra en la que el editor —bien por motivos publicitarios o por presiones del propio Marqués de Cañete para dar nuevo realce a la memoria de su progenitor— cambia exclusivamente la portada.

Cotejados minuciosamente ambos ejemplares no se observa en ellos el más mínimo cambio. En los preliminares se mantienen las partes de rigor: la tasa, suma de privilegio, fe de erratas, las dos aprobaciones de 1612 —una de Fray Alonso Remón y otra de Antonio de Herrera—, la dedicatoria, un interesante *Al lector*, de don Gabriel Carvajal de Ulloa y un extensísimo *Prólogo* del mismo Figueroa, en el que hace un resumen de la historia de los reyes castellanos para enlazar el árbol genealógico de los Mendoza con la rama de los Hurtado «... todos merecedores de ser celebrados».

En el texto, totalmente en prosa y dividido en siete libros, tampoco se observa ninguna diferencia entre ambas ediciones. Es más, se conserva el mismo formato e idéntico número de páginas y, por si todavía cupiera alguna duda, se corresponden incluso paralelamente todos los errores de paginación y las erratas del texto.

Por tanto, y como conclusión final, la edición de 1616 es una mera reimpresión y no edición distinta como siempre se había creído, en la que la imprenta utilizó las mismas planchas salvo en el frontispicio, que es lo que pudo dar la apariencia de una versión distinta.

ANGELES ARCE MENÉNDEZ
Universidad Complutense. Madrid
(España)